

Subscripción
 En Reus un mes, 1'50
 ptas. Provincias, tri-
 mestre, 5 id. Extran-
 jero, 9 id.
 Pago adelantado

DIARIO DE REUS



Redacción y Adm.
 Arrabal Santa Ana 35
 Teléfono 39
 Anuncios y Reclamaciones
 A precios convencionales
 Remitidos 125 por línea
 Pago anticipado

NÚMERO SUELTO 5 céntimos.
 NÚMERO ATRASADO 10 céntimos.

DE AVISOS

Fundado en 1859

Y NOTICIAS

ESQUEMAS DE FUNCIÓN a precios reducidos:
 Se reciben hasta las 11 de la noche.

PARA ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES

EN REUS
 Redacción y Administración, Arrabal de Santa Ana, 35, imprenta
 de D. Celestino Ferrando.

EN BARCELONA
 Roldós y C.ª, R. del Centro 37.—P. Grañén, Zurbano 3.—Cebrían
 y C.ª, Puertaferri, 18.—Kiesko El Sol, de Narciso España, Rambla
 de las Flores, frente la Iglesia de Belén.

EN MADRID, Agencia general de Anuncios de España, Alcalá, 6 y 8
 EN PARIS, A. Lorette, Rue Rougemont, 14.



VIERNES SANTO



Meditación

JESÚS PENDIENTE DE LA CRUZ

I

Extendido está el divino Salvador sobre la cruz y sus manos y pies clavados en ella. La cruz es el altar y el Hijo de Dios la víctima inocente que se ofrece por los pecados del mundo. Los verdugos levantan la cruz y la dejan caer de la parte inferior en el hoyo que estaba preparado para recibirla. Afanzada con cuñas queda Jesús pendiente de ella entre el cielo y la tierra. Es tan grande el odio que los judíos profesan que no le dejan ni una piedra donde reclinar su cabeza; ni un palmo de tierra donde sentar su pie. Los verdugos le han quitado sus vestiduras repartiéndoselas entre sí; han echado suertes sobre la túnica y le han dejado desnudo ante la multitud. Una sola prenda le han dejado: la corona de espinas para que atormentase su cabeza. ¡Qué vergüenza sentirá el modestísimo Jesús al verse desnudo delante de tanta gente, afrentado, hecho señal de oprobio y afligido con inmensos dolores! ¡Qué confusión la suya al oír aquella multitud que le trata de hipócrita, embustero, impostor, que le maldice y se goza en sus sufrimientos! ¡Qué dolor sentirá al quedar pendiente de aquellos clavos y pesando todo su cuerpo en sus llagas! Inútil es que busque una postura menos molesta porque los clavos le sujetan a la cruz y le impiden moverse. De sus manos y pies salen cuatro arroyos de sangre que riegan la tierra estéril de nuestro corazón para fecundizarla. Los judíos le han levantado en alto para que fuese visto y nadie pudiese desconocer su amor. Todo su cuerpo ha sufrido porque su caridad no tiene límites. Cada lagaja me dice que el Salvador me ama y todas juntas que su amor es inmenso.

II

De las llagas de las manos y pies de Jesús sale alguna gota de sangre que se desliza y cae sobre la tierra, que está empapada de ella. Su pecho se ha levantado, ha perdido el color de su rostro, su respiración es pesada, su vista se amortigua y su cuerpo se mueve con convulsiones violentas. Todo indica que se acerca su fin; pero antes de morir quiere darnos un resumen de su vida y doctrina y sellarle con su sangre. Se dispone a hablar, escuchémosle. Levanta antes sus ojos al cielo, abre sus angustiosos labios y con voz suplicante, salida del corazón, dice: «Padre mío, Padre mío, perdona a mis enemigos, perdona a todos los pecadores porque no saben lo que se hacen». ¡Ah, buen Jesús! no basta a vuestra caridad perdonar a vuestros enemigos que os crucifican, ni a todos los pecadores que son causa de vuestros tormentos, sino que queréis que vuestro Padre celestial

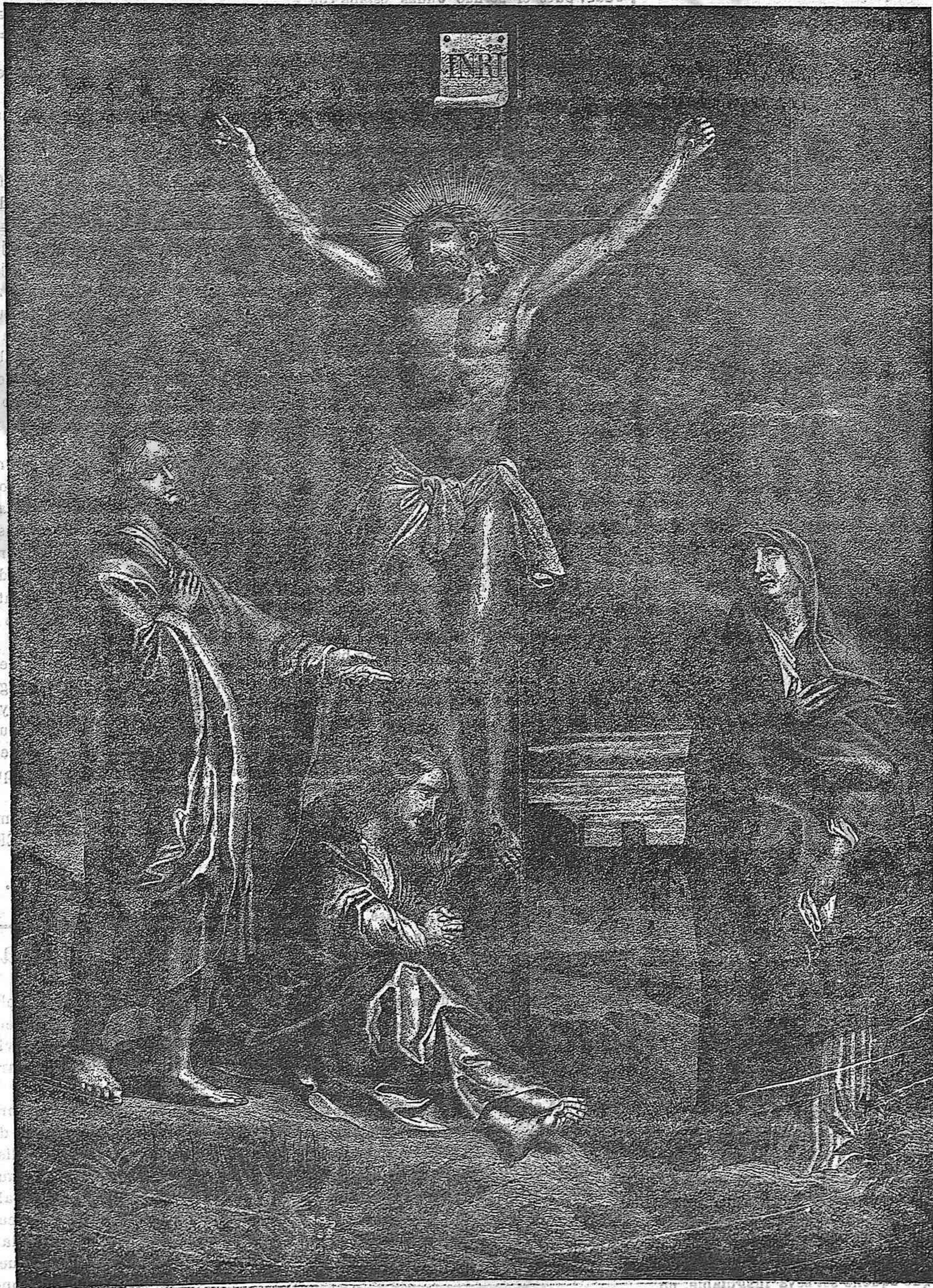
les perdone; y para moverle a misericordia les excusáis con estas palabras: no saben lo que se hacen. Escena tan tierna conmueve el corazón de uno de los ladrones que habían sido crucificados con él. Jesús le ayuda con su gracia; y el pobre delincuente acude a la misericordia divina en demanda de perdón. «Señor, dice, acordaos de mí cuando estuviérais en vuestro reino». No se hace esperar la misericordia divina que al instante responde: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo

en el paraíso. Jesús mío, vos nos habéis dicho: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen; y así lo practicáis desde esa cátedra santa a favor de aquellos que han cometido el crimen más grande que han presenciado los siglos, a favor de los que son causa de vuestra muerte. Si vuestros verdugos se hubiesen arrepentido de sus crímenes les hubieseis perdonado como a Dimas el buen ladrón. Vuestros palabras y vuestra conducta, Jesús mío, ensanchan mi corazón y reaniman mi esperanza.

Cerca de la cruz, sumida en el más profundo dolor, estaba su santísima Madre, acompañada de San Juan de María Magdalena y María Cleofé. Desde allí contemplaba la afligida Madre los dolores, las ignominias y las angustias de su divino Hijo. Todas las llagas del cuerpo de Jesús estaban impresas en su maternal corazón, todos los insultos repercutían en su ánimo, y tanto dolor y humillación le arrancaban la vida. La profecía de Simeón se ha-

bia cumplido y una espada de dolor atravesaba su alma. ¡Qué alivio hubiera sido para ella si hubiese podido participar de los tormentos corporales de su amado Hijo! En aquellas angustias de muerte ofrecía también al eterno Padre la sangre y la vida de Jesús juntamente con sus propios dolores para la redención del género humano. Al ver Jesús tanta caridad en María, la constituye madre nuestra y pone a todos los hombres bajo su maternal protección. No ha podido Jesús ablandar el corazón empedernido de los hombres con su sangre y quiere probar si le ablandará las caricias y ternuras de su madre. Darnos a su madre por madre nuestra es el último legado que hace Jesús a los hombres. Gracias os sean dadas, Jesús mío, por vuestra generosidad. María es mi madre y yo me doy a ella por hijo suyo, prometiendo obedecerla, reverenciarla y amarla. En Jesús aumentan los deamores y agonias de muerte. A medida que se acerca el fin de su vida su Padre celestial le hace sentir el peso y maldad de los pecados. Entonces exclama: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis desamparado? El Padre eterno le intima su voluntad y Jesús exclama: Sitio. Tengo sed; sed de nuevos trabajos, sed de glorificar al Padre celestial, sed de la salvación de las almas. Y viendo al género humano redimido y a su Padre satisfecho dice: Consummatum est. Todo se acabó. En tus manos encomiendo mi espíritu. Y dando una grande voz espiró.

Juan Batalla Segarra, Pbro.



Joyas de Salzillo

El Cristo de la caída

El gran artista de cincel glorioso, forma y vida le dió. Vedle caído, a los pies del sayón enardecido, que tira de El con ademán odioso. Otro sayón de brazo poderoso le amenaza con golpe enfurecido, mientras ayuda, de piedad henchido, Cirineo le presta generoso. Cristo, mustia la faz, la sien bañada en sangriento sudor, tiende a la inmensa región azul su celestial mirada. Al cielo implora y en el hombre piensa, y su angustia, en el rostro reflejada, toda la escala del dolor condensa. José Tolosa.

La Pasión

No hay cosa tan sensible para el corazón del hombre como los sufrimientos, y si estos son frutos de un amor, si hay allí algo de esas tragedias pasionales que tanto entusiasman a las multitudes, entonces atraen doblemente, tienen la magia de todo lo que es profundamente encantador. Ved por qué los grandes lutos y las grandes penas que nos dice la historia no se olvidan jamás, quedan más grabados en la fan-

tales y en el corazón, y á pesar del tiempo, aquellos seres desgraciados nos inspiran la misma compasión, y con la misma fuerza que si viviesen entre nosotros y llorasen á nuestro lado.

Por eso no olvidará la humanidad noble y buena, la de los puros sentimientos, esa historia del dolor, la más vibrante y conmovedora que vio el mundo; esa escena terriblemente trágica y divina que empieza en la noche de la Cena, en la suprema de las noches, con los gemidos inefables, con las quejas amargas de Jesús, rodeado de ingratitude, y termina en las cumbres del Calvario, entre ríos de dolor y sangre, á vista de la capital judía y de todos los pueblos de la tierra.

El universo sabe, desde hace dos mil años, que todos los pesares y desdichas de los hombres son una sombra ante el cuadro de los indecibles tormentos de Jesucristo, pues El, el más delicado y sensible de todos, el de la más exquisita psicología y los más refinados sentires, el de la más generosa y limpia sangre y los más profundos, caritativos y sublimes pensamientos, aquel hombre... que es más hermoso que las flores en toda su lozanía; que tiene el prototipo de lo perfecto en su fisonomía mágica, en su decir sapientísimo y patético, en su mirada de iris arrobador, de mañana ideal; que es magnífico y modesto, sublime y amable sin comparación; que tiene un querer inaudito hacia el pobre, hacia el triste; hacia la humanidad entera; que es el oráculo de los siglos que le precedieron y de los que le siguen; que es excelso; que es soberano de todo; que es Dios... él que es eso, ha pasado por los afrontas más atroces y las torturas más crueles que ha visto la tierra. Por eso no le olvidarán las gentes; por eso, á pesar de todos los esfuerzos del infierno y de los

impíos, de los mundanos y ruines corazonces, tendrá Jesús quien le lllore en su Pasión, quien vaya con El por la angustiosa vía del Calvario, y haciéndose instrumento de la gracia de Dios, habrá quien se tienda con El en la dura Cruz para morir con Jesús, cantando, en los mismos brazos de la más horrible muerte, el canto de los ángeles que no sufren, el canto de *amor de los amores*. Ese es el misterio preciosísimo de la Pasión de Jesús, el misterio que encierra los sufrimientos que se pasan por nosotros, el encanto que revisten las lágrimas que se vierten por nosotros, la atracción que ejerce poderosa sobre nuestra alma otra alma que nos adora, que se desvive, que desfallece por nosotros; y esto que nos sucede á todos con los demás corazones humanos, nos sucede á todos también cuando recordamos las lágrimas de hiel, los dolores tremendos, la agonía indecible y la muerte soberana de Cristo... por nosotros, por amor á nosotros, por derlirio de su divino Corazón hacia nosotros.

¿No es verdad, amables lectores, que esto se siente muy hondo, que esto de morir de amor nos arrastra, que Jesús se merece en su Pasión todos los corazones, pues nadie los busca con tanto afán, con tantas lágrimas, con tantos dolores y caricias á la vez? ¿No es verdad que esa indiferencia que va mirando todos los corazones, quitándoles el fuego sagrado del amor á Cristo y á la religión verdadera, es el mayor error de los hombres, una aberración criminal y lo más injusto que hay en todos los pueblos? Jesús, en su dolorosa y terrible Pasión, es acreedor á la veneración y amor de todas las gentes; á todas las lágrimas; á todos los sacrificios de la humanidad.

Pedro Miguel, O. M.

gles que pasasen, sempre hi hauria qui al demanar ell aigua, li acostaria als llavis la fel y el vinagre.

Veys les miseries de les generacions que s'han de succehir y veys las lluytas, no pera poguer alcansar més tart la possessió de la verdadera vida, sino pera obtindrer un goig passatger, que poch podria durar, com totes las cosas de la terra, perque la mort havia de segar lo que l'home ab la seva alucinació creya que no s'havia d'acabar jamay.

Y Jesús tenia set y clavet en la Santa Creu, 'ns demanava també á nosaltres que 'n tinguessim, mostrantnos aquell costat seu shont hi brolla una font d'amor puríssim, pera que bevint d'aquella aigua, coronessim l'obra de la redempció.

Més jay! Han passat dinou sigles y encare la humanitat, esbojarrada, s'agenda de plers, vol aixugar la cremor dels seus llavis en las fangosses sigues del mon. Febrosa, inquieta, no sembla sino que vulga clavar encare més els claus que traspasaren aquelles mans y aquells peus Santíssims y que fixant la vista no mes que en las cosas de la terra, no vulga mirar enlayre, shont hi veuria un Deu de bondat y de misericordia, que repeteix aquella paraula Santa que digné en la montaña del Calvari:

—¡SITIO!...

B. Domènech y Grau.

La plegaria del Huerto

Salí el Divino Mártir de Judea, del Cenáculo, en compañía de sus discípulos, después de la institución del adorable y augusto Sacramento de la Eucaristía, y retirándose al monte Olivete, entró á orar en el Huerto de Getsemani con los tres Apóstoles predilectos: Pedro, Santiago y Juan, pues el pérfido Judas estaba con los Fariseos fraguando la entrega del Divino Maestro, y les dijo: *Esperadme aquí, velad y orad conmigo para no caer en tentación* (1).

El relato de los sagrados Evangelistas presentan en tres etapas ó momentos la angustia del Santo Penitente: la simple oración, el consuelo confortable llevado por el Angel y la plegaria, acompañada de la angustia y el sudor de Sangre de Jesús cuando se confiesa destrozado por los pensamientos de la muerte.

Si es posible traspasa de mí este cáliz, más no se haga mi voluntad sino la tuya (2).

Representándosele al Nazareno todos los tormentos que iba á sufrir, ve ante sí los pecados del mundo, por los cuales padecía, y al considerar cuantas almas no se habían de aprovechar de su Pasión, angustiase de tal manera, que por toda la piel de su Cuerpo manaba sangre.

La Redención humana debía verificarse; más antes el alma y el Cuerpo del Salvador habían de saborear toda la amargura y hiel de su dolorosa Pasión; y no se nos diga que Jesucristo, siendo comprensor, no era capaz de sufrir en su espíritu y en su Cuerpo, pues si esto es verdad, no lo es menos que era también viador, y de consiguiente, pasible y mortal como otro hombre cualquiera.

Sin ningún alivio comenzó á sentir las mortales angustias de su dolorosísima Pasión, representándosele, como ante un panorama, los tormentos que tenía que pasar: los azotes, las bofetadas, las salivas, los desprecios, la hiel y vinagre, los clavos, la lanza, las llagas, las caídas, su desnudez, y últimamente la Cruz y su suplicio afrentoso.

Quizá al mismo tiempo cruzase por la imaginación divina de Jesús algunos de los conmovedores recuerdos de su pasado atravesándole el alma como un agudo puñal: las claras fuentes de la risueña Galilea, sus alfombras de verdura, los viñedos y las higueras, á cuya sombra hubiera podido vivir tranquilo...

Rendido de fatiga y de inmensa congoja, hasta el extremo de sudar por todos los poros de su Cuerpo sangre, quejándose amorosamente, según exclamando: *Triste está mi alma hasta la muerte*.

En medio de las agonías, cada vez más desgarradoras, de Jesús, un Angel, en impetuosa carrera, descendiendo del cielo para confortarle y ser testigo del cruento

Sacrificio que ya comenzaba, cuando el Salvador dejaba oír en la soledad de la noche aquella súplica amarguísima: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz...*

Y aquellos que debían velar con El en su tristeza, fueron incapaces de orar un instante, y cuando Jesús volvió á verlos ya estaban dormidos, viéndose precisado á excitarles para que se resistiesen al sueño...

Desapareció el Angel y se levantó Jesús, armándose del valor de que, al parecer, se había desnudado por entonces; se puso en pie con ánimo y fin de presentar al infierno la batalla y vencer el combate de la muerte, y volviendo por tercera vez á ver dormidos á sus discípulos, les dijo: *Dormid ya tranquilos; bien podéis volveros al reposo hasta llegada la hora, pues dentro de un momento seré entregado en*

manos de los pecadores; levantaos y salgámoles á recibir, porque ya se acercan y con ellos el que me ha de entregar á los judíos.

Estaba en su mano evitar la muerte, más no lo quiso; el amor de su magnífica obra triunfó en El, y al aceptar el Cáliz de la amargura, hizo volar al cielo, en alas de su amor, la virtud de la oración del Huerto de Getsemani, dejando á las almas religiosas un incomparable ejemplo de consuelo.

¡Oh, divino Jesús Salvador! Sudad Sangre enherabuena, sudad y que llegue ese precioso licor vuestro hasta la tierra; empápele el mundo de ese bálsamo saludable, no para pedir justicia, como Abel, sino para alcanzar de Vos y de vuestro Eterno Padre infinita misericordia, consolador perdón de nuestras culpas.

R. Méndez Gaité, presbítero.



Jesús orando en el huerto



Entrada de Jesucristo en Jerusalén

LA NOCHE DEL JUEVES SANTO

Luz de luna fantástica, sombría, como si resbalara entre sepulcros; Angeles que se esconden tristemente de las tinieblas en el manto oscuro;

Y, debajo un olivo centenario, de unos sollozos el rumor confuso...

Allí Jesús, con espantosa angustia, echa la sonda á la maldad del mundo...

Cierra los ojos y la ve más clara temblando de terror y de disgusto; quiere retroceder, y, con espanto, siente su hálito horrendo en torno suyo.

—¡Oh Padre!—exclama—, aparta ya ese cáliz...

—¿No ves la sangre que al mirarle sudo?—

Mas no... ¿Que sea redimido el hombre!—

Mas no... ¿Que se haga tu querer angustiante?—

—Y de esa ardiente, dolorida súplica respondiendo al tristísimo conjuro, asoma allá á lo lejos Iscariote con su asquerosa tropa de verdugos...

Trinidad Aldrich.

SITIO

El meu vigor se seca com el fanch y ma lengua s' apeg a al paladar... (Psalm XXI, 16).

Y complot tot lo que deyan las Escrituras, digué Jesús: —¡Tinch set! (Joan XIX, 28), Y al acostarli á la boca la fel y el vinagre, Jesús no tenía sols set d'aigua, sino també set d'amor d'aquells que li pagavan el bé que feya, condepnantlo al mejor dels suplicis.

Ell, que pera redimirnos donava la seva preciosa sangh y la seva vida, desde l'arbre Sant demanava caritat entre 'ls homes, pera guanyar sixis ánimes que fossin totes d'Ell, com Ell era y es tot de nosaltres.

Y sofria el bon Jesús. Sofria perque veya que aquella set seva inagotable, no la podria jamay calmar, perque per si-

Perdónales...

En lo alto de la Cruz un Justo fine; un pueblo vil deudor á sus favores sacrifica cual vulgar asesino á todo un Dios; jamás se vió ingratitud tamaña, los fastos de la Historia no recuerdan tan grande traición. Mas jay de ti, pueblo judío!, la sangre toda de un justo pesa sobre las cabezas de tus hijos. la maldición de un Dios sobre tu raza; jamás tus generaciones verán tu pueblo reunido, jamás tus hijos verán la Jerusalén de sus sueños; jeres raza aborrecida, serás vilipendiado, ultrajado, jamás, jamás levantarás tu Templo, porque sobre ti pende la cólera de un Padre...

El sol se oscureció, tembló la tierra, las columnas del Templo se movieron, el pueblo se cebó; toda su rabia desató contra el hombre que moría y este hombre pidió al Dios que perdonara; era Dios en verdad, dijo el soldado, era el Dios de Israel, dijo el creyente, la chusma lo negó; era su sino que al matar á su Dios se suicidaba.

La Cruz en alto, los soldados duermen, la Madre llora y las mujeres gimen; el trueno retumbó, rasgó el rayo, cubierto con su sangre el hombre muere; no maldice al sayón, todo lo acepta, hasta hiel, para este hombre que tan ciego no ve más que la tierra.

Era Dios en verdad, que en suprema hora al Padre suplicó y dijo **PERDONA.**

J. M. Pagés García.

Reus.

Sentencia inicua

En la ley penal que disponia la aplicación de la pena de muerte no se encuentra cosa alguna aplicable al Divino Cordero, que se hizo hombre para horrar los pecados del mundo.

Que fué ilegal en cuanto á las formas judiciales se deduce del estudio de las leyes procesales del pueblo judío.

Se exigía el conocimiento de la causa por tres tribunales y muy especialmente estando presente el reo: el acusado, además, debía estar resguardado hasta la hora de la discusión, quedando terminantemente prohibido que se le dirigieran preguntas de ninguna índole; se concedía la defensa de sus

acciones como derecho sagrado é inviolable de la víctima; la ejecución de la sentencia debía retardarse hasta el siguiente ó tercer día de su publicación, siendo imprescindible para su validez la pluralidad de votos; y estando por fin encargados los jueces de acompañar al reo al lugar del castigo, exhortándole, antes de someterlo á él, á que confesara sus culpas y la razón de sus crímenes.

Ahora bien; ¿se guardaron estas formalidades en el proceso del Hijo de Dios? Basta leer la sagrada Pasión para convencernos de lo contrario. ¿No el bien de la sociedad ni la persecución de un delito impulsó á los jueces á su condena: la envidia fué la razón poderosa que los indujo al **Deicidio**, se hizo un delito no de asesinato, Antes de prender al Señor ya habían maquinado y resuelto su muerte. Muchos de los fariseos estaban continuamente al acecho por ver de cogerle en alguna contradicción que favoreciera su condena. Infringiendo el precepto de la pluralidad de tribunales, decidieron su muerte de común acuerdo en un conciliábulo celebrado á esté efecto. Inmediatamente que lo prendieron, consultaron entre sí los ancianos cómo le darian la muerte; siendo los jueces precisamente los que más contribuyeron al sufrimiento y á la crueldad en la ejecución, y transcurriendo sólo algunas horas desde el huerto de Getsemani á la cumbre del Calvario.

Acusación injusta; ilegalidad en el procedimiento; crueldad en la aplicación; hé aquí los caracteres distintivos de la horrible sentencia sufrida por el hijo de Dios vivo.

La hipocresía de los jueces llegó en la calle de la Amargura á proponerle un Cirineo que le hiciera menos pesada la cruz en la cuesta del Gólgota; el orgullo de los sacerdotes le llamó blasfemo, cuando Jesús decía la verdad ante el sumo Caifás: el miedo de Pilatos le condenó á muerte ante las amenazas de un pueblo deicida, que pedía la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús, de ese mismo Jesús á quien en día no lejano recibirían en Jerusalén con las palmas del triunfo y con las aclamaciones de «Hossanna, Hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor.»

J. B. y G.

